

EL GRECO Y LA GRAN BELLEZA

ROBERTO JIMÉNEZ SILVA

Académico Numerario

En el IV Centenario de la muerte de El Greco, hay un tema del que se ha hablado poco o prácticamente nada, por los calificados como «especialistas». Me refiero a su relevancia creadora en temas religiosos dentro de nuestro Siglo de Oro. En su vida —manidamente biografiada—, en su ser —eternamente incomprendido—, y como emanación en sus pinturas —negativamente valoradas en su tiempo—, no podemos ocultar su verdadera profundidad religiosa como creyente. Y todo, inseparablemente, expresa a su vez el alto grado espiritual de su persona; ya que, como todo artista, posee en exclusiva una caricia divina que le hace idóneo para descubrir y crear a través de unas sueltas pinceladas o en la sacudida de los tonos —el lenguaje único de su pintura— un «destello del Espíritu de Dios», cima sempiterna de una belleza sublime e insuperable. No podemos callar —al menos si tenemos conocimiento y sensibilidad para percibirlo— que, a través de su vida y obra —grandiosa y notable—, plasmó lo más insondable de su ser a imagen y semejanza de su Creador. En la totalidad de su obra —incluidos los temas profanos— emerge invariablemente el ser elevado que ha vislumbrado y comprendido el «sacramento de la creación», el ser que ha preexistido en la «mente divina», el ser que, hablando con el lenguaje inefable del arte, brota de lo más íntimo por una «irradiación divina» en un estilo que sobrepasa a toda contemplación frívola incapaz de volar hacia las altas cumbres de la mística. Además, si se ha visto inmerso con tanta sencillez como realidad en la profundidad de la Palabra de Dios, en lo inescrutable del Dios hecho hombre (hecho hombre por toda la humanidad redimida en la cruz; cruz de la victoria sobre la muerte) ha sido para recrear el Ser con toda fuerza y hermosura.

Así, con una certeza religiosa de profunda firmeza, con una certeza religiosa fundada en la experiencia y por eso preparada para proporcionar imágenes a la Verdad, El Greco, a través de su vida y obra, nos deja entrever contextos esenciales de su convicción religiosa. Didácticamente expresa, ante los ojos atónitos de incultos y lasos en la fe, sus secretos más insondables. Adoctrina, glorifica, transporta al misticismo, a la fascinación, al fervor, a la plegaria, a la loa. Ofrece motivos de fe vivida en la Iglesia Católica, originaria de la unión con la divinidad y su acodamiento en la vid, como voz de lo más dinámico y legítimo del ser humano. Lo concibió en su tiempo, en su período histórico, pero «su ser» continúa expresándose en nuestros días, «todavía El Greco habla» con una fortísima novedad. Porque no es la ocurrencia o el instante fugaz lo que en el mundo del arte cuenta, sino el enunciado de creaciones que no mueren. Y El Greco lo forja desde la expresión intimista de la esencia divina. Pinta desde lo hondo gritando desde el espíritu, desde ese lugar donde todo artista-creador busca su fundamento, sea de la época que sea.

Al Greco no se le puede negar su religiosidad. Como artista de su época expresa de manera indivisible al Ser Divino y al ser humano, por los que revela indistintamente un fuerte y único amor. Ahí están las manos de Dios y de los hombres, los ojos llorosos de Jesús y de san Pedro, los semblantes serenos, los escorzos de ángeles y de humanos cuerpos. En suma, cualquiera de sus obras es un grito de cómo percibe al hombre y su relación con Dios. Una humanidad pecadora que Dios ama, que sabe de la tragedia de la vida y su alejamiento de la Salud. Una humanidad querida por Dios. Un ser humano por Él redimido y liberado llamado a participar de su esplendor. ¡He aquí la única verdad del ser humano! Íntegramente, su pintura señala cómo ha profundizado en ese abismo del ser. Pero no lo ha hecho, no lo ha expresado como un escéptico o como un puro intelectual, sino que existe en él un contraste trascendental, el que le confiere la perspectiva del creyente, que le ayuda a ver con una contemplación suma la contemplación mística de la Verdad, que es intrínseca a la contemplación mística que proporciona la Suma Belleza. Detrás de la vida, obra y ser de El Greco, está la realidad del artista que verifica su convicción en el Dios hecho hombre.

Esa religiosidad –que ninguna crítica le puede arrebatar–, puramente denominada «cristocéntrica» y, por emanación,

profundamente humana, es uno de los planteamientos esenciales para profundizar y empaparse de la vida, obra y ser del Greco. Sus pinturas, surgidas —como tantas otras obras de arte— de la fe cristiana de sus creadores, son imágenes a las que no se ha desposeído —porque por mucho que lo intenten algunos no se puede— de su soplo divino, del soplo de la Belleza; por tanto, no pueden ser catalogadas —ni podemos permitir que así ocurra— como puramente cosas para el goce y placer de un racionalismo estético formal; o, como abunda en nuestro tiempo, para ilustración de los entendidos, o como indiscreta y entretenida ojeada de un visitante en cualquier exhibición o pinacoteca.

Contemplando a El Greco se descubre lo inviolable como ser piadoso, lo creado como brillo del Espíritu. Contemplando a El Greco, la creación humana nos enfrenta al «misterio» que no podemos acomodar a nuestro antojo, donde su imagen nos cautiva suave y tranquilamente. Contemplando a El Greco, a través de su pintura, vemos una Belleza que no humilla ni somete sino que nos alimenta espiritualmente. Contemplando a El Greco, asoma una liberación artística amasada en una fe de donde brotan vigorosamente «ríos de agua viva» que nos redimen desde el centro de nuestro ser. Recordemos que «la Verdad os hará libres» porque la liberación nace de la autenticidad de la divinidad. Contemplando a El Greco, sobre todo brilla como declaración la gracia del Espíritu del Amor que a través de él se nos hace partícipes. Contemplando a El Greco, nos inundamos de confianza porque con su sensibilidad traza el porvenir.

Desarrollemos brevemente algún ejemplo:

El Greco, que en muchas de sus obras frecuentó insistentemente los mismos temas religiosos, no prodigó mucho el relacionado con la «Sagrada Eucaristía» o el momento de su institución. No obstante, ejemplifiquemos ofreciendo datos de unas representaciones pictóricas sobre este tema que figuran como más conocidas y a él atribuidas.

En la *Pinacoteca Nazionale di Bologna* figura catalogado un cuadro titulado *La última cena*. Para Longhi es una obra auténtica de El Greco, si bien perteneciente a su período de juventud. De esta opinión participan ciertos investigadores que colocan su referencia histórica durante su estancia en Italia y su realización poco antes del *Políptico de Módena* realizado en 1568; mientras que para Harold Wethey, que publicó en 1962 *El Greco and His School*, es una obra que se puede

enclavar dentro de la Escuela Veneto-Bizantina y la sitúa terciado el siglo XVI.

Por su parte, Arsian considera que es una pintura cuyo autor fue veneciano-cretense. Pero lo que resulta indudable es que esta pintura no tiene ninguna correspondencia con las otras que se conocen, como por ejemplo *Cena en casa de Simón*, con dos interpretaciones muy similares en la posición de los comensales, aunque no así en la arquitectura decorativa.

Examinada una y otra pintura con detenimiento, podemos constatar que en una de ellas el tablero está despojado de todo menaje, mientras que en la otra se hallan representados todos los útiles, adecuados y necesarios para el momento.

Un gran investigador de El Greco, como el citado Wethey, aprecia sobre la primera de las representaciones que el esbozo pudo ser del maestro, pero que la realización incumbiría a Jorge Manuel. Es más... especifica que «se nota la destreza de Jorge Manuel en la decoración, especialmente en la techumbre, que está ornamentada de un modo que fue muy popular en Toledo durante el siglo XVI».

La segunda representación, según el mismo investigador, tampoco se puede decir que sea totalmente de la mano de El Greco, ya que la deformación de las curvaturas que se ofrecen como decoración se la imputa como fallo técnico a Jorge Manuel, y no porque correspondan a las formas estilísticas del Greco.

Lo decíamos más arriba, la contemplación de El Greco, para un creyente, supone una particular vivencia de la virtud teologal de la esperanza que nunca defrauda, la restitución de un gozo que se asienta en una imagen concreta: el hombre, Cristo.

Y no deberíamos olvidar que la iglesia toledana, al mismo tiempo que es «custodia de la fe», posee un riquísimo acervo de «Grecos» que están al servicio de la catequesis religiosa, a la vez que nos ayudan a entender, conocer y comentar «nuestro» patrimonio artístico eclesial.

Si el Greco —como tantos y tantos artistas creyentes— ha incorporado a Dios en la historia del arte, es viable hallarse con Él. Y para que ese encuentro dé sus frutos, es ineludible dejar a un lado nuestra autosuficiencia del saber y abrirnos a la virtud de los «humildes de corazón».

El verdadero valor de la obra de El Greco (y de lo que se ha hablado tan poco a lo largo y ancho de este su IV Centenario) es su trabajo de apostolado católico.

A través de la obra del candiota, la Iglesia hace comprensible el Evangelio a todas las naciones; así surgieron los «Grecos», cuyo sentido era la instrucción, esto es, iniciar a la colectividad humana no educada en temas religiosos de cuál es la historia de la Salvación.

Dado el alejamiento de nuestra sociedad en general a una formación religiosa adulta, como consecuencia —entre otras cosas— de nuestras últimas leyes de educación, podemos decir, sin lugar a dudas, que el pueblo puede seguir aprendiendo la doctrina de la Fe a través de las pinturas de El Greco (a no ser que algún «anticlerical» pretenda quemarlas) mejor que en un libro abierto, y todo gracias, entre otras cosas, a su gran contenido simbólico.

Y es que, si nuestra fe en Cristo sigue viva, toda esta herencia artística tampoco muere, sino que sigue presente en nuestro siglo XXI como un «destello del espíritu de Dios».

La Belleza de las obras del Greco, su creación, su visión, su contemplación, nos pone delante de la obra impalpable y que a través de lo trascendente nos llega al alma.

El arte de El Greco sirve para enseñar los dogmas del cristianismo y los grandes ideales de Trento. No existe ninguna oposición entre creación y fe; lo que hace que, aunque uno no sea creyente, pueda apreciar y disfrutar su obra, si bien sea de «tejas para abajo».

Por otro lado, no hace falta ser creyente para considerar los valores de un artista como El Greco. Existe un «camino grequiano» en toda Europa —que pasa por Toledo— y que la recorre de un extremo a otro reflejando la cultura cristiana y la Belleza de la Fe.

El Greco, como un «custodio» más de la Belleza que refleja lo divino, impone su poderosa fuerza expresiva intentando elevar a la persona humana. Esto es más importante en nuestra época de feísmo y crisis económica que en su propio tiempo, ya que el artista creyente, también hoy como ayer, debe desarrollar la elección libre de poner a Dios como único Señor de su vida y de su arte. Esto implica, además, el asumir la disciplina en un recorrido de formación artística, moral, teológica y

espiritual, con la convicción de que la pura creación humana es una llamada a la vocación del Ser.

Estoy persuadido de que durante este IV Centenario de la muerte de El Greco –celebramos su muerte, como a los santos, ¡Dios sabrá por qué!–, el indiscutible ensalzamiento de la fe o la manifestación más concluyente de la Verdad –y esto contra cualquier negación que pueda existir–, se encuentra por un lado en los Santos que nos rodean y, por otro, en la belleza que la fe de los cuadros del Greco genera.

